

LA VIDA
COMO ARQUETIPO



MARIATE COBALEDA

LA VIDA COMO ARQUETIPO

MARIATE COBALEDA

LA VIDA COMO ARQUETIPO

Editorial Órbigo
Salamanca, 2015

EDITORIAL



ÓRBIGO

© “Nueva Escuela de Salamanca”, 2015
Todos los derechos para
la *Fundación Santiago Pérez Gago*.
Editorial órbigo.
Salamanca (España)
E-mail: estheticaoriginaria@hotmail.com
ISBN: 978-84-937916-2-9
Depósito legal: LE-367-2015
Printed in Spain
Imprenta *Gama Gráficas*. León.

*A todos los discípulos,
apóstoles y profetas de la Luz...
A todos aquellos
que siguen perseverando
en el milagro de su Vida
y en la Voz de su destino.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	17
Biopathía: vida, destino y obra.....	18
INFANCIA Y ORIGEN FAMILIAR.....	23
El amor y el sueño de Montaña y Ribera	23
Montaña y Ribera: dos orillas culturales de un mismo sentir	25
La Montaña madre: los Gago	29
Los abuelos de la Montaña	30
Carmen Gago.....	34
La familia de los Marino: la Ribera.....	37
El bisabuelo Joaquín “Cote”	38
El abuelo Santiago <i>Marino</i>	41
La abuela Isabel.....	46
Su padre, Joaquín Pérez Sánchez	49
Los tíos	56
El nacimiento en Robledo	65
El matrimonio entre la ausencia y la distancia	69
En la Casa de Los Marino	73
Mineros y montañeses en la fantasía infantil	75
La Campaza: sueño de monte y cereal	78
Ambiente de sosiego y austeridad	81
La Navidad entre turrónes, naranjas y tonadas.....	85
Juegos infantiles y costumbres labradoras	89
Juegos de mesa de la época	93
Juegos de campo.....	94
Libertad, el aire y el vuelo.....	98
En la escuela de Gavilanes	102
El campo como universidad	105
La navaja campera: un apoyo de cultura	107
Los viajes a la montaña	108
El campo sobre la ciudad.....	111

La Agricultura como religión. Gavilanes y Eleusis.....	113
El jato, toro entero de labranza: tótem de Gavilanes.....	117
Religiosidad de la familia.....	121
El semblante de la muerte	124
La muerte como tragedia heroica	128
El sentido heroico de la vida: honda geografía de Gavilanes.....	129
Ética exigente de campo y agricultura.....	132
Hacia la vida consagrada.....	136
CORIAS: 1946-1951	141
Llegada al seminario de Corias	141
Entre la personalidad y el individuo.....	144
Nostalgia del origen de campo	146
La música: entre lo popular y lo religioso	148
La experiencia de mar	150
Las dificultades materiales y la disciplina del convento	151
El Padre Jesús García: humanidad, sabiduría y magisterio	154
“El Padre Jesús García Rodríguez, O.P., modelo de “El Humanista. Mártir de lo ocasional. Mártir de lo funcional”	156
Vocación por el lenguaje.....	162
Lo poético frente a lo teológico.....	166
PALENCIA (1951-1952)	171
La ilusión de la vocación espiritual.....	173
Toma de Hábito	177
La nostalgia del recuerdo	180
El dolor por la muerte de tía Conce.....	182
Entre lo teológico y lo poético	184
LAS CALDAS DE BESAYA (1952-1955)	187
Entre la razón teológica y la intuición teologal.....	188
La sacralidad del campo.....	193
Acontecimientos dramáticos	196
Canción popular de Cantabria	198
Nostalgia de agricultura.....	199

Los veranos en Montesclaros	200
SALAMANCA: LA CARRERA DE TEOLOGÍA 1955-1960	205
De la nevera del Tomismo hacia la pasión por lo Sagrado	206
Vía mística y poética	210
“Lo poético y lo profético en la Biblia”	213
De la práctica poética al magisterio de la Luz	214
La Fifa: entre el monte y la poesía	216
Semblante de fray Santiago en los versos de la <i>Fifa</i>	219
Su caballo Segoviense	224
Cultivando la firme voluntad	225
En la Peña de Francia	226
Misa cantada en Robledo y en Gavilanes	230
ANDALUCÍA: CÓRDOBA Y GRANADA (1960-1980)	235
Otras decepciones de la realidad desde el sueño	238
El ambiente de la Universidad Laboral de Córdoba	239
La docencia	242
Exigencia heroica y magistral	243
La poesía como método	246
La dicción de versos	248
Capacidad personal y creativa	252
“Lo que va quedando: El Gago”	254
Fundador de <i>Gúlmont</i> y <i>Dintel</i>	260
“Dintel”, como aspiración a la poesía	261
Miembros destacados de Dintel	262
Funcionamiento de Dintel	264
Fundador del Gúlmont	266
Principales rutas del Gúlmont	268
Formación en el camino interior	269
Iniciación espiritual por los caminos de España	273
El Gúlmont y la espeleología	277
Claustro de Profesores	278
Andalucía: crepitación trágica de valores y de pasión desbordante	281

Enfermedad desconocida. Estancia en Granada (1967-1972).....	286
Licenciatura de Filología Románica en la Universidad de Granada.....	290
El cosmos y la naturaleza: espejos de religión y cultura.....	292
Obras importantes	294
Revisión teologal.....	297
VALLADOLID: 1980-1981.....	301
Llamada a la Universidad de Salamanca.....	306
SALAMANCA-UNIVERSIDAD (1981-2007)	309
Retorno a Salamanca.....	309
El ambiente del Convento de San Esteban.....	309
En consonancia con la naturaleza.....	313
Docencia en la Universidad de Salamanca.....	314
Las clases de Salamanca.....	318
Esthética: método de sabiduría, de la emoción y del sentir	323
Sabiduría, Ciencia Perfecta: el Universo en el corazón.....	325
Campo y cultura	327
Cultura sobre civilización y diversión.....	332
El sueño y la esperanza	334
El ser órfico y místico.....	336
En el Claustro acusmático de la Luz	340
Símbolos de eternidad	344
La soledad iniciática.....	347
El recuerdo del Maestro	351
El voluntario suspenso.....	354
El mismo tiempo interior desde la infancia en Gavilanes	357
Vocación teologal.....	358
La vida del convento hacia el misterio	360
La oración como escucha	363
Tesis doctoral de Antonio Machado.....	364
Primeros libros de su obra.....	365
Al margen de la Facultad de Filosofía.....	368

LA COMUNIDAD ÓRPHICA DE ESTHÉTICA	
ORIGINARIA	371
Miembros destacados de la Comunidad	375
Antonio Lozano de Castro	375
Fernando Labajos Briones	377
Mariate Cobaleda	378
Inmaculada Terán Sierra	379
José Ramón Alonso Sarró	381
Alberto Muñoz Fraile	382
Carlos Lorente Sainz	384
Pedro Antonio Serrano Salas	386
Ismael Calvo	387
Sergio Rodero Cilleros	388
Rubén Benito	390
María Arroyo Merino	391
Juan Ugarte Pereira	392
Pedro Belloso Sánchez	393
María Campo Cuesta	394
Santiago Rubio Pérez	395
Mari Carmen Bango Pérez	396
María del Carmen Pérez Gago	397
Reuniones iniciáticas	399
Las reuniones en Robledo	401
La unidad familiar	403
Héroes de religiosidad cósmica	406
La noria de los Marino	409
Contemplación a la escucha de la Luz	412
El tiempo del sueño que nos mide	414
La cena órphica	417
La sobremesa de entrada	422
La misa matutina	426
La rueda cósmica: el manantial del saber	432
La feminidad como fantasía y arquetipo de fondo	434
El sueño del origen y la inocencia	438
El pecado y el perdón, desde la integridad y la orilla	440
Vivir esthéticamente	445
La escucha de la palabra	447
La comida de los órphicos	451

Del campo y la ciudad	455
El campo: metáfora y lección de humanidad	459
La Naturaleza: fuente de cultivo personal	462
El deber: principio ético y estético	464
La sabiduría como obediencia	467
El destino y la libertad	470
Aprender a ser libre	474
El “vuelo libre” y el sueño estético	476
Llega la sombra al pueblo	478
El paseo nocturno: a la escucha de la Luz de las estrellas	480
La contemplación de la noche y la superación del miedo	484
El sonido de la noche	486
La cultura y la erudición	488
Cultura: Bautismo y trance en el origen	491
Camino desde la quietud	494
El Balneario del cosmos: Sanatorio órfico	496
El peregrino y los turistas	498
Bienser y bienestar	501
Bienser: ética de campo	503
La fluvialidad del agua: el misterio de la evaporación	506
Superación estética del Panteísmo	508
Los tesoros de la huerta	509
La Predicación órfica	511
Brindis y canción	516
En la siesta: rumiando la Esthética	520
Divulgar sin vulgarizar la palabra de la Esthética	522
La Esthética como destino y vocación	524
Vivir desde la esencia	526
Oración y liturgia	529
El rito: trance de iniciación	532
Eucaristía: catarsis en la Luz y en el misterio	534
La muerte: trance de inmortalidad y de gloria	537
El arte del toreo: rito de iniciación	541
“Ecopathía”: superación del dogmatismo ecologista	544
La hoguera órfica	546
Reuniones órficas en San Esteban	549
Creación como descendencia a la existencia	551

Providencia: visión originaria	554
Contemplación mística	558
Resurrección: partir a lo originario	561
Comida en el restaurante chino	564
Sentir la distancia	567
La abstracción del pensamiento	571
La escultura en bronce del Maestro en Robledo	574
Monumento: símbolo de Esthética Originaria.....	574
El homenaje en Robledo.....	576
La Fundación Santiago Pérez Gago	580
LEÓN: LA VIRGEN DEL CAMINO, 2007	583
Entre la comunicación y el cariño de la amistad	585
Problemas de salud.....	591
Superación esthética	595
Convivencia en la geografía leonesa	596
Conmemoración sacerdotal en la Virgen del Camino	600
La vocación de fray Santiago: manantial de Luz y	
Orphigramía	605
BIBLIOGRAFÍA.....	609
ÍNDICE ONOMÁSTICO	611

INTRODUCCIÓN

Tenemos ante nosotros una inmensa Obra Completa, profunda y misteriosa; publicada en facsímil, para que no se pierda la intensidad o el pulso de la inspiración de cada palabra, de cada letra convertida en símbolo. Santiago Pérez Gago es el autor genial de los casi treinta tomos que componen esta magistral obra.

El Tomo I, que servirá como preámbulo a su Obra Completa, contiene en la primera parte su biografía, su vida fascinante y espiritual; dedicada a la oración, a la docencia, a la escritura revelada y dichosa.

Toda la vida y la obra de fray Santiago han de ser leídas desde el campo de su infancia, en las tierras leonesas y labradoras de la Ribera del Órbigo, que, sin embargo, tuvo que abandonar a los trece años para ir al convento asturiano de Corias, regentado por los frailes dominicos.

Pero el campo y la agricultura quedarán en él como una nostalgia serena y entrañada, presentes desde el recuerdo. El campo en su formación religiosa, personal y humana, concebido como un libro o una escuela de sabiduría para iniciarse en la vida. En una vida de consagración y de catarsis, alicatada desde la superación heroica de las tensiones y desencantos que se suceden a lo largo de sus variadas etapas; desde la capacidad de creadora de llegar a convertirlo todo en luz, en un contento pleno, cultivado desde lo más hondo, como muy bien sabían hacer los labradores de su infancia.

Quisiéramos, a través de esta biografía, presentar la vida de nuestro autor como un arquetipo humano y universal, en el que todos podamos encontrarnos, más allá de las particularidades y diferencias, de las circunstancias que a cada uno nos toca vivir, padecer, lidiar o superar.

La primera biografía que se ha escrito sobre Santiago Pérez Gago está recogida en una de sus principales obras, *Los Marino*¹: un libro, en dos volúmenes, que ya fue publicado en el año 2000, con una acabada y extraordinaria introducción, tan intensa como exhaustiva, del doctor Fernando Labajos Briones, a la que insistentemente hemos recurrido, y que, sin duda, constituye la primera biografía de Santiago Pérez Gago, o, más bien, su *hetero-autobiopathía*, como desde el primer momento, nuestro autor, ha preferido denominarla.

Pero, antes de comenzar a narrar su extraordinario testimonio vital, nos parece importante tener en cuenta lo que el propio Pérez Gago entiende por biografía, por verdadera biografía a la que él, con el tiempo, llamará *Biopathía*.

Biopathía: vida, destino y obra

Desde muy joven, fray Santiago se dio cuenta de que la vida hay que entenderla como vocación y destino; que la biografía personal, la *Biopathía*, surge y va creciendo, y se va haciendo en nosotros, a pesar de que, muchas veces, nuestra voluntad sea otra. Porque el destino va urdiendo la vida con una fuerza que nos empuja y que nos lleva:

La más profunda y verdadera biografía personal va creciendo en nosotros sin nuestra voluntad ni colaboración. Una fuerza ajena la va realizando y sacándola a horizontes para nosotros totalmente insospechados. Nosotros no somos los hacedores de nuestra vida, sino, más bien, los espectadores absortos y contrariados.

¹ PÉREZ GAGO, S.: *Los Marino. Hacia una biografía sinóptica de Esthética Originaria*. Edición de Fernando Labajos Briones, Editorial Órbigo, Salamanca, 2000.

Sentir el destino obrando en uno mismo y ajeno a la propia voluntad, casi siempre en su contra, es para nosotros la máxima sabiduría humana².

Para fray Santiago la biografía, entendida como *Biopathía*, no es ya el libro o la obra que se escribe sobre la vida de una persona; más bien, hay que entenderla como el hilo conductor de integridad en el origen, que da sentido a la vida del autor:

Es el libro de la vida del autor, que nos lee, nos dice y nos pronuncia. Es partitura de lo originario y su redacción es por contemplación. Es integridad personal. Ser dicho y leído. Es manantial interior. Cuando el autor es, dicho, vive lo que escribe y escribe para vivirlo. La biografía del autor es el manantial-origen de todo lo posterior, de todo lo escrito.

Ciertamente, *el autor escribe para vivirlo*, como él nos advierte. Pero la Esthética Originaria, que es la obra de Santiago Pérez Gago, se encuentra cifrada y descifrada a lo largo de su vida. Ya se anunciaba muy temprano, de niño en Gavilanes de Órbigo: allí donde pasó y sintió sus primeros años junto al río de su infancia.

Si queremos encontrar y saber el verdadero origen de Esthética Originaria, es preciso volver al manantial sagrado de la vida, que es la infancia:

No es la vida sino un camino quebrado hacia la infancia. He venido entendiendo en la vida, el porqué de tantas impresiones, sobresaltadas y aisladas en la infancia; como

² PÉREZ GAGO, S.: “Semblante Adverso de Antonio Machado en la intimidad de su obra”, conferencia para Dintel. Fragmento publicado por primera vez en *Los Marino II*, p. 393, edición de Fernando Labajos Briones.

profundos atisbos, sorprendentes anunciaciones (...). Me viene pareciendo que todos los hallazgos de mi vida ya estaban sembrados en los atisbos de la infancia.

Sí, allí, en la infancia, en la Ribera leonesa, se encuentra la clave y el enclave de su vocación sagrada, de toda su obra inspirada. El propio autor sabe de la importancia de la infancia para ir cuajando el camino que nos conduce hasta nuestro ser auténtico. Por eso, él nos invita a volver a esa edad originaria, genuina y verdadera, siempre que en la existencia lleguemos a dudar de nosotros mismos:

...la infancia donde estaban los proyectos de nuestra vida. Y a la infancia es preciso volver siempre que sintamos la necesidad de rectificar o sintamos duda. En la infancia se nos dio, más que en ninguna otra edad, “el tiempo de nuestra alma”; de ahí el tino que los griegos tuvieron al barruntar el destino cuando alguien nacía.

Volver a la infancia, porque es allí donde se empieza a escribir *el libro de la vida* de nuestro autor. Un libro que sólo tiene una página, que incluye, excluyendo, a todas las demás páginas, y que es preciso descifrar. Es el libro y la página que pronuncia al autor, porque es el *mythos* o el arquetipo quien pone la sílaba, la estrella y la música de la vida. Es así como él lo entiende:

¿El libro de la vida tiene tan sólo una página, y esa página no es más que una sola sílaba? Esta es la opinión, al menos, de la Esthétique Originaria. El mythos central total sólo es una sola sílaba. Sílaba pronunciadora del “uni-verso” vital³.

³ O.13 // 205.

INFANCIA Y ORIGEN FAMILIAR

Santiago Pérez Gago nace el 7 de septiembre de 1933, en Robledo de Caldas: un pequeño pueblo de la montaña central leonesa, perteneciente al municipio de Sena de Luna y a la Comarca de Luna. Es el lugar de nacimiento de todos los Gago. Pero se crió en la Ribera, en Gavilanes de Órbigo, junto a sus abuelos paternos, apodados *Los Marino*. Por ello, él mismo se considera hijo de la cultura y del campo, de la cultura de la trashumancia:

— Yo soy hijo de los alisios culturales, de la fuerza de los climas que mueve las estaciones, que mueve la trashumancia, ocasión que propició el matrimonio romántico de mi padre y de mi madre -confiesa nuestro autor.

El amor y el sueño de Montaña y Ribera

Ciertamente, sus padres se conocieron y enamoraron, fruto de esa cultura trashumante, cósmica y ganadera de España, y, en este caso, fundamentalmente leonesa. Leonesa y autóctona, cuando los pastores de la montaña, al llegar el otoño, descienden con sus rebaños hasta la Ribera para pasar el invierno.

Un día, a su padre, Joaquín Pérez, aún mozo soltero de la Ribera, de Gavilanes de Órbigo, le contaron unos pastores trashumantes que pasaban el invierno en la casa de los Marino, que en la montaña, en Robledo de Caldas de Luna, había una mocina, que era hija única y, además, “rica, guapina y muy religiosa”.

Y así, desde entonces, empezó a soñar este mozo de la Ribera con aquella mocina guapa de la montaña de los relatos pastoriles. Igual que la canción de la copla:

*Si pasas el río
no caigas al agua,
que los míus amores
son de la montaña*⁴.

Y ocurrió que uno de aquellos pastores de Robledo -José Bango⁵-, dejó, deliberadamente “olvidada” en casa de los Marino, una perra mastina que estaba preñada. Y he aquí que fue al mismo Joaquín a quien encargaron que subiera la perra a la montaña. Y de esta manera, llegó a conocer a aquella mocina de sus sueños, llamada Carmen Gago, que vivía en la montaña.

Isabel, la vecina de Robledo, nos contaba que ella, junto a un grupo de niñas de su edad, quisieron ser testigos ocultos del cortejo de Joaquín a Carmen, cuando el mozo de la Ribera subió por primera vez a la montaña a conocerla. Las traviesas niñas decidieron esconderse en el interior de la casa de los abuelos de Robledo. No lo consiguieron, pues la abuela Esperanza -madre de Carmen Gago, y a quien Santiago no recuerda- las descubrió escondidas debajo de una cama:

— ¿Pero, qué hacen aquí estas rapazas? Como os coja...
-decía su abuela Esperanza.

No lograron las revoltosas mocinas ser testigos de aquel cortejo en el que la Ribera y la Montaña se fundirían en un matrimonio sagrado de amor, a través de Carmen Gago y Joaquín Pérez. Dos orillas distintas y distantes de un mismo río, que confluirán en el carácter y la personalidad de su hijo Santiago.

⁴ Ésta es la letra de una de las tonadas leonesas, que, al igual que los mozos de Gavilanes, su padre, Joaquín, y sus hermanos -sobre todo el tío Jesús, *Tarruco*-, cantaban por las calles del pueblo.

⁵ Era su padrino y, posteriormente, el padre de su cuñado Victorino.

Siempre ha existido una ancestral rivalidad entre la Montaña y la Ribera leonesa. Es por ello, por lo que Joaquín y Carmen, tan apegados a su geografía, discutían a menudo, defendiendo cada uno su territorio, su origen, su patria.

Montaña y Ribera: dos orillas culturales de un mismo sentir

La Montaña y la Ribera mantuvieron siempre un pulso, como las dos banderas, los dos estandartes del matrimonio Pérez Gago, defendidos con la fuerza del cariño. Una montaña ganadera y pastoril, de nieve, de fuentes y manantiales, de roca imperturbable, y de veredas altísimas que conducen a las cumbres desde donde es posible contemplar lo grandioso y lo sublime de tanta geografía cósmica y, sobre todo, sagrada. Así lo confiesa nuestro autor en *Sierra Oscura*:

La montaña es temperamentalmente religiosa. Atenta y pegada al clima, a la naturaleza”⁶ Era, para mi infantil imaginación, la montaña, una región misteriosa, era un sueño⁷.

Santiago aprecia en la geografía de la Montaña un lugar más íntimo y callado, más hondo y silencioso, aunque sus recuerdos más sagrados sean los de la Ribera, pues son los recuerdos de su infancia. Pero estas dos orillas territoriales, como sospecha el propio Pérez Gago, obedecen a dos culturas, que en la Península Ibérica llegaron a convivir en el tiempo: la cultura judía y la cultura musulmana, ambas de origen semita y meridional.

Así, la montaña, como sus habitantes, son fruto de la cultura judía: *¿No sería Robledo un refugio de judíos en la persecución?*⁸, se pregunta Santiago en *Sierra Oscura*, cuando en

⁶ Sierra Oscura //1.

⁷ Sierra Oscura // 12.

⁸ Sierra Oscura //14.

la época de los Reyes Católicos, los judíos fueron expulsados de la Península, y al pasar por las montañas, de salida hacia el norte peninsular, decidieron quedarse allí, en aquellos lugares y parajes recónditos, que entonces eran poco menos que inaccesibles.

Existen vestigios, síntomas inequívocos del origen judío del paisanaje de Robledo, que Santiago nos descubre, aunque, por desgracia, en pocos años, muchos de estos vestigios culturales y antropológicos han ido desapareciendo:

a) La presencia del sanedrín, foro judío, lugar de reunión de los varones de la familia, donde se tratan los problemas y asuntos propios y comunitarios. En Robledo este lugar de reunión sería “an cá Marcelo”, que es el bar o la taberna donde acuden los hombres para hablar de los pastos y de las ovejas. Y también en la pequeña placita que hay ante la puerta del bar, conocida como “entre el Portalín”, que era el lugar donde, en tiempos, estaba situada la antigua ermita, ya desaparecida.

b) Aún permanecen en Robledo nombres eminentemente judíos, como Abraham, Elías, Eliseo, Eloína, Salomé... Y muchos topónimos judíos, como las escavadas, las rozadas, los cuetos, los canguetos, es decir, los bancales. Así como esa afición de poner nombre a cualquier lugar de la tierra.

c) También la marcada hospitalidad es propia de las gentes Robledo.

d) En la montaña, desde siempre se practicó el precepto del Deuteronomio, que obligaba a no comer la carne de un animal ahogado, ya que, según la misma tradición judía, el animal, al no sangrar por esta muerte, no ha expulsado el espíritu, contenido en la sangre.

e) El amor y la pasión por las ovejas, como se practica en Robledo, es un síntoma inequívocamente judío. Viene a ser una verdadera religión fundamentada en las ovejas. No olvidemos una

fiesta propia y esencial en el pueblo, como era la Fiesta del Cordero, que, hasta hace pocos años, se celebraba a finales de Agosto. Una fiesta íntima y cerrada, en la que participaban solamente los habitantes y familiares del pueblo. Desde hace unos años la Fiesta del Cordero ha dejado de celebrarse, coincidiendo con la desaparición en España de las explotaciones ganaderas y, en particular, la ganadería ovina, que tanto tejido rural mantiene, o mantenía: un ejemplo más de la prepotencia de la civilización sobre la cultura, del imperio globalizador de la economía sobre las raíces esenciales de los pueblos. La Fiesta del Cordero consistía en sacrificar unos corderos y, después de guisarlos, comerlos fraternalmente entre todos los miembros de la comunidad.

Y si Robledo y la Montaña son fundamentalmente de pastores, de ovejas y ganados, culturalmente judía, la Ribera, sin embargo, es tierra de agricultura y labradores. Pertenece a la cultura de la tierra, de regadío y fluvialidad, cuya abundante agua procede del caudaloso río Órbigo. Desde esta diferencia cósmica y telúrica, que impone a los hombres un modo de vivir y de ser, Santiago mantiene que Gavilanes y toda la Ribera, se corresponden con la cultura musulmana, también meridional. Profundamente labradora, aunque más activa, y con anhelos de conquista territorial.

Estas dos orillas culturales, que cohabitan en todo el extenso territorio leonés, conforman un carácter propio y personal, un arquetipo de fondo; dos orillas que, a pesar de haber sido rivales para sus habitantes, han llegado a ser siempre complementarias.

Sin embargo la rivalidad y el conflicto territorial o cultural se ha dado con mucha frecuencia entre los distintos pueblos cercanos o limítrofes, como así ocurrió entre sus abuelos paternos: Según Santiago, en su abuela Isabel, quien había nacido en Santa Marina del Rey, pueblo situado en la otra orilla del río, se encarnaba el carácter judío. Por otra parte, el abuelo Santiago, de Gavilanes de Órbigo, tendría un perfil propiamente musulmán.

Esta rivalidad territorial entre los pueblos vecinos de la Ribera del Órbigo la podemos encontrar en este cantar popular, propio de Gavilanes:

*Santa Marina se quema,
Villamor lo lleva el agua,
Gavilanes, por ser bueno,
nunca le ha pasado nada.*

En los abuelos *Marino*, como así apodaban a la línea paterna de Gavilanes, ya se encarnaban los dos arquetipos de fondo, cultivados en un mismo territorio, y que se encuentran en el carácter leonés. Sin embargo, estos dos arquetipos constituyen las dos orillas distintas de un mismo río, que es la vida.

Santiago, de niño, vive y padece inconscientemente esta pugna territorial entre sus abuelos y sus padres. Y ya desde su infancia se le irá revelando la necesidad estética de integrar las dos orillas del río.

La Ribera y la Montaña serán, para él, dos símbolos telúricos de su ser y de su origen. De la Montaña, los Gago, la maternidad ausente, y, por ello, soñada, idealizada. Y de la Ribera, los Pérez, la Casa de los *Marino*, familia de labradores, donde encontró su modelo y su ideal de ser, y con los que aprendió a soñar la vida. Pero descubriremos que ambas familias coinciden en los valores más hondos, culturales y sagrados: El sentido religioso de la vida, la ética heroica o la pasión natural por la lectura. Estos tres valores se convertirán en la herencia más preciada para Santiago Pérez Gago.

La Montaña madre: los Gago

El lugar de origen de los Gago, de la familia materna, es Robledo de Caldas, este pequeño pueblo leonés de la comarca de Luna. Rodeado de altas montañas de rocas, de robles y avellanos, donde se crían en libertad los corzos, los rebecos y los jabalíes. El pueblo está situado al pie del Negrón, una montaña de roca de más de dos mil metros de altitud, cuya cara norte pertenece a Asturias. Con un nevero que conserva la nieve a lo largo de todo el año.

Desde su cumbre se divisa, en la actualidad, el pantano de Luna. Desde allí arriba, todo es grandioso y parece estar dispuesto para la contemplación, para el vuelo y la libertad. El Negrón es como la inmensa catedral cósmica de Robledo, siempre firme, permanente e invencible, que esconde en su interior fuentes de agua recién nacida, que se descubren a medida que uno va ascendiendo hasta su cima. Desde el pueblo de Robledo aún es posible percibir, en toda la falda del Negrón, los bancales que los antiguos habitantes del pueblo preparaban para convertir el terreno inclinado en horizontal, para, así, poderlo cultivar.

Santiago nos proporciona este importante testimonio lírico sobre su pueblo natal de la montaña:

Al abrigo del Negrón, hermano de “La Fontona”, a mil doscientos veintidós metros de altura sobre el nivel del mar, está Robledo de Caldas de Luna.

Desde allí, todo desciende: con la altura desciende el agua hecha río. El agua de los neveros. Desciende el agua del Luna hasta avenar en el Órbigo. Desciende la intensidad del cielo azul y, con ella, desciende también y es menos el brillo de las estrellas... Desde tiempo inmemorial, descienden, en trashumancia, los rebaños de merinas a los pastos de ribera, cuando la “sierra se pone triste y oscura” y se marchaban de casa los pastores con la largura en el tiempo. Y, antes, a “La Extremadura”.

También mi vida desciende de este rincón de Robledo, en las cabeceras hondas de la montaña de Luna. Mi gente ha nacido allí. Allí siento mis raíces. Allí vive mi ascendencia.

Más a la vista del pueblo, y acaso a mayor altura que el depósito del agua, del que baja a todo el pueblo el agua de manantiales, tenemos el cementerio, de donde desciende a diario el recuerdo de los muertos, del que bebe y del que vive el fondo del sentimiento, que es hogar de cada casa.

*En esta derivación <RIVUS-I `riachuelo´ de descenso por el agua, desde el río Luna hasta el Órbigo, se explica más fácilmente mi encuentro extraño y profundo con la noticia incendiaria de Esthética Originaria.*⁹

Los abuelos de la Montaña

En esta geografía cósmica nacieron y se criaron los Gago. Su madre, Carmen Gago Fernández, era hija única del matrimonio formado por Esperanza Fernández Díaz y José Gago Ordóñez, que eran los abuelos maternos, los abuelos de la montaña. Los padres de la abuela Esperanza eran Manuel Fernández, asturiano, de San Miguel del Río Pajares (el bisabuelo “Manín”) y Luisa Díaz, que era natural del cercano pueblo de La Vega de Robledo. Este matrimonio, a parte de la abuela Esperanza, tuvo otros tres hijos varones, Salvador, José y Francisco, que nacieron y se criaron en Robledo.

Su nieta Mari Carmen Pérez Gago (q. p. d), quien no llegó a conocer a la abuela Esperanza, nos descubría su semblante personal a través de las referencias de quienes la conocieron:

— Me contaba mi madre que la abuela Esperanza era una mujer muy menuda y delgada, hogareña, a quien no le gustaba

⁹ En *La revisión de la Esthética, revolución radical*, Editorial Órbigo, Salamanca, 1998, p.151.

salir de casa. Una mujer reservada y discreta, celosa de su intimidad y de pocas palabras.

Cuando se casó con José Gago, ya eran los dos algo mayores. Parece ser que los hijos no llegaban, y, aconsejados por el médico del pueblo, fueron a Gijón a tomar los baños de mar, para propiciar la fecundidad del matrimonio. Y así fue, porque a su regreso, la abuela Esperanza quedó embarazada de su única hija, Carmen Gago. Por este acontecimiento marino, es por lo que a su hijo Santiago le gusta decir que su madre Carmen Gago es *hija del mar*. Tanto es así, que Carmen Pérez Gago soñó escribir una novela autobiográfica, que titularía *Los nietos de la mar*.

Por su parte, el abuelo José Gago Ordóñez era hijo de Lorenza Ordóñez y de Benito Gago, quien, por aquel entonces, era el sastre de Robledo. El abuelo José fue un hombre peculiar e inconfundible en todas sus facetas. Apostó por una vida llena de aventura. Algo que ya se anunciaba desde los trece años, cuando, junto a un primo que estaba cuidando ovejas, decidieron marchar a probar fortuna por el mundo. Los familiares y vecinos del pueblo enseguida se asustaron, cuando vieron que las ovejas del rebaño pastaban solas, a su suerte, y temieron lo peor. Después de buscar a los chavales, los encontraron cuando estaban a punto de coger la diligencia.

Pero las ansias de aventura acompañarán siempre al abuelo José, hasta el punto de alistarse para la guerra de Cuba. Allí fue a luchar en el frente, durante ocho años, desde 1890 hasta 1898, en el Regimiento de Infantería de Burgos número 36. Las condiciones en las que allí vivió debieron ser extremadamente malas y penosas. Y se pasaba mucha hambre. Durante largo tiempo, la familia lo llegó a dar por muerto al no recibir noticias suyas. Tanto es así, que, al morir su padre, Benito Gago, sus hermanos se repartieron la herencia entre ellos, pensando que su hermano había muerto en Cuba. Pero un buen día regresó. Desde entonces, a José Gago lo llamarían *El Cubano*, un apodo que no parecía hacerle mucha gracia a la familia.

A su regreso a Robledo de Caldas, tras su vuelta de la guerra de Cuba, el abuelo José Gago se casó con la abuela Esperanza. Su nieta Mari Carmen subrayaba que el abuelo José amaba la tierra. Prefería las vacas a las ovejas; tanto es así que solía decir:

— Las *rabilas* (ovejas) *pa'l* Alto Babia -es decir, cuanto más lejos, mejor.

Cuando el abuelo murió, su nieta Mari Carmen tenía tres años, y recordaba aquello como un día de fiesta, con tanta gente del pueblo que acudió a su casa.

Otro aspecto importante a reseñar en la figura del abuelo, José, era su habilidad para componer coplas o versos, en los que recogía los episodios y acontecimientos de la vida del pueblo y sus personajes. Unas coplas que a veces se cantaban. Era ésta una manera de escribir la historia o los sucesos del pueblo y sus habitantes, para contarla o cantarla entre todos, para vivirla, revivirla y recordarla en verdadera comunidad.

Y es que las coplas, cantadas o recitadas, y la aptitud natural para componerlas era, hasta hace poco, una costumbre muy arraigada de las gentes de Robledo y su comarca. Una costumbre que, por desgracia, ya está desapareciendo, al no contar con nueva savia y regeneración. No olvidemos que, en la actualidad, durante todo el año sólo están abiertas dos casas en Robledo: la de Angela, buena coplista, también, y la casa de Benedina. Una muestra más de que la civilización termina con la cultura.

Por este don para componer coplas, su abuelo José, *El Cubano*, también se granjeó el apodo de *El Coplista*. Una facultad que será heredada por su nieto Santiago, quien desde muy joven ha venido componiendo coplas, en las que se cantan los acontecimientos familiares, como bodas, nacimientos, bautizos, etc.... Y también otras coplas, en las que recogía los sucesos del pueblo para ser cantadas a coro por todos los vecinos de Robledo en la Fiesta del Cordero, en agosto, cuando se celebraba. Las

coplas populares de Santiago son siempre octosilábicas y constan de dieciséis estrofas. Siempre dieciséis, en honor al número de hijos de sus abuelos paternos, Santiago e Isabel, de la casa de los Marino.

El nacimiento de Santiago en Robledo llegará a suponer una desbordante alegría y una viva ilusión para los abuelos. El abuelo, José, se sentía muy orgulloso de su nieto y decía de él, aunque era muy pequeño, que llegaría muy lejos porque era muy listo, y deseaba que fuera abogado. Al poco tiempo de nacer, su abuelo le presagió un firme destino:

— A este niño ya le apuntan las habilidades.

Sin embargo, en la montaña, Santiago sólo pasó los primeros dos años de su vida, por eso de su abuelo a penas sí tiene recuerdos:

De mi abuelo José tengo menos recuerdos. De él lo que me han dicho: “Los hombres se forman en la Iglesia o en la guerra”¹⁰.

Si el abuelo José se formó en la guerra, en la guerra de Cuba, su nieto se formaría en la Iglesia, intentando seguir la “llamada” de la Iglesia, < κάλέω, según su etimología, que significa llamada, la llamada incesante de la Voz que escucha.

La Montaña, aunque distante en su biografía primera, la ha considerado el origen maternal, viviéndola muy profundamente desde su corazón, tal vez desde la presencia en la ausencia primera, desde una cierta atracción misteriosa que le inundaría en su infancia en Gavilanes, contemplando muy al fondo y a lo lejos las montañas desde la Ribera.

¹⁰ Los Marino //52.

Carmen Gago

Su madre, Carmen Gago Fernández, nació en Robledo el 15 de diciembre de 1902. Hija de Esperanza Fernández Díaz y de José Gago Ordóñez, *El Cubano* o *El Coplista*. Sólo tuvieron esta hija, como ya hemos apuntado, por la gracia de la brisa marina, de las olas, del mar y, tal vez, de la luna.

Carmen Gago es el emblema de lo telúrico, de la tierra y la montaña. Símbolo de la quietud y de la perseverancia, de la fecundidad heroica de los trigos:

— Qué valiente es el trigo que pasa ocho meses bajo la nieve -decía desde su experiencia de vida cósmica y consagrada.

Así se sentía ella: como ese trigo noble y fuerte, que padece en soledad los hielos y la nieve para dar fruto. Carmen era una mujer de oración, apasionada por su tierra, celosa de sus raíces; una mujer contemplativa y de largos silencios, de soledad buscada y aprendida, que meditaba admirando los montes altísimos de Robledo, que se elevan hacia el cielo y hacia la luz. Las rocas que parecen dispuestas para la contemplación de los hombres y mujeres, cuyo destino les obliga a seguir la cruz desde la cumbre o la catarsis de la ascendencia.

— ¿Qué hace, madre, tan callada? ¿En qué piensa? -le preguntaba su hija Mari Carmen, cuando la descubría tantas veces contemplando la elevación de las montañas, que apuntan al cielo. Una pregunta a la que ella siempre respondía:

— Nada, hija, considero.

Esta “consideración” de Carmen, su hijo Santiago la convertirá en método de contemplación órfica, estética y cósmica:

*La consideración <sidus-eris, como la contemplación, se realiza a la luz de la estrellas, pasada la media noche, en la densa oscuridad.*¹¹

Considerar: ver los problemas a la luz de las estrellas. Carmen Gago consideraba contemplando las montañas de Robledo, desde su profunda intimidad sagrada, de honda religiosidad y silencio. Pues era ella, una mujer de vida contemplativa, y su trágico destino de soledad le enseñaría a encontrar muy adentro, en el alma, sus estrellas.

Era, Carmen Gago, una mujer muy religiosa. Ella era quien dirigía los rezos en el pueblo: el rosario de la tarde, la novena a San Ramón Nonato, y, cuando llegaba la Cuaresma y Semana Santa, recitaba en la iglesia, de memoria, *El Calvario Viejo*. Su esposo Joaquín la llamaba, irónicamente, “El Arcipreste”, por su frecuente colaboración en las oraciones comunitarias de la iglesia del pueblo.

Era devota de la Virgen de Pruneda, que está en una ermita situada junto a Sena de Luna, a ocho kilómetros de Robledo. Pero sobre todo, era mucho más devota de otra Virgen lejana, la Virgen de Carrasconte, muy cerca del pueblo minero de Villablino, y a unos treinta de Robledo; una distancia que en burro podía suponer casi un día de camino, cumpliéndose así el refrán, trágico y visionario: “Cuanto más lejos el santo, más cerca la devoción”.

Carmen Gago solía recordar la copla de su Virgen:

*Virgen de Carrasconte,
carrascontina.
Entre Babia y Laciana
vives metida.*

Además, era muy aficionada a la lectura. Dedicaba horas y días a leer libros. Se sabía de memoria *La Pedrada*, de Gabriel y Galán; el *Calvario Viejo*; la poesía de *La monja muerta*; e infinidad de coplas. La vecina, Isabel, la recuerda muchas veces

¹¹ Órphicos 13 //237.

sentada y leyendo en un rincón de la casa, ensimismada, abstraída y en silencio.

En ocasiones Carmen Gago confesaba que había tenido vocación de monja. Luego, cuando se casó, le pidió profundamente al Señor, que si tenía hijos, quería que fuesen discípulos suyos. Aquella oración fue escuchada, porque de los cuatro hijos que tuvo, tres de ellos serían religiosos: Santiago, Isabel y Mari Carmen. Su hija Esperanza, tomó el camino del matrimonio, pero sus hermanos, llegarán a decir de ella que es la más religiosa de los cuatro.

Su hija pequeña, Mari Carmen, nos descubría otras virtudes personales:

— Mi madre fue una mujer con mucho sentido común. Se alegraba del bien de todas las personas, especialmente de su familia. Vivía intensamente los acontecimientos. Era hospitalaria, recibía en su casa y siempre tenía algo que ofrecer.

Carmen era una mujer telúrica y astral, que había aprendido a leer en el cielo y en los astros. Como atestigua aquel acontecimiento cósmico, que nunca olvidará su hijo Santiago. Ocurrió en tiempo de las eras, en agosto. Por aquella época, Santiago tendría alrededor de cincuenta años, y los veranos ya los pasaba en Robledo, ayudando a las faenas agrícolas. La tarde estaba cayendo, pero, aún de día, había salido muy pronto una luna grande, redonda, llena y misteriosa, que en Robledo cuando aparece, desde su silencio, se diría que atesora un hondo misterio. Una luna que fascina, pero que al mismo tiempo puede provocar el miedo ancestral, que es el pánico.

En aquella época, aún se iba y se venía desde el pueblo hasta las eras con los sacos de trigo en la burra. Era la labor que en ese momento estaba realizando Santiago, cuando su madre, que estaba en la casa, le dijo muy seria y abstraída a su hijo:

— Santiaguín, ¿te has fijado en la luna?

Y Santiago miraba a luna. Era, ciertamente, una luna llena e inmensa, pero al no ver nada extraño, no contestó, y volvió a las eras en la burra. Pero al regresar de nuevo con los sacos cargados de trigo, su madre le volvió a sorprender con la misma pregunta:

— Santiaguín, ¿te has fijado en la luna? Algo tiene la luna.

Y luego otra vez. Hasta que ya, Santiago, intranquilo por la insistencia de su madre, intervino por fin:

— Pero, madre, ¿qué le pasa a la luna?

— Algo le pasa a la luna, hijo, algo le pasa -le contestó con una honda preocupación, enigmática, inexplicable.

A los diez minutos, se corrió por el pueblo la noticia de que el pastor, Ángel Sánchez, esposo de Irene, se había muerto de repente en el Puerto Cubil.

Pero a esta mujer telúrica, honda, silenciosa y valiente, quiso el destino o la Providencia someterla a tremendas pruebas, propias de la más honda tragedia sacramental.

La familia de los Marino: la Ribera

En la Casa de Los Marino transcurrió la infancia de Santiago desde que tenía año y medio hasta su ingreso en los frailes, con trece años. En una casa grande, pero sencilla y austera, de labradores dedicados al trabajo duro en el campo, desde una ética exigente y una profunda religiosidad. Su feliz infancia en Gavilanes la pasaría allí, con sus abuelos y sus tíos.

Por la rama ascendente del abuelo Santiago *Marino*, el bisabuelo Joaquín, labrador de Gavilanes, transmitiría a sus hijos un clima ético, cultural y religioso, fundado en la tierra y en la agricultura.

El bisabuelo Joaquín “Cote”

Su bisabuelo, Joaquín Pérez Ares, conocido como Joaquín *Cote*, quedó viudo muy pronto. Se había casado con Juana Mielgo Pérez, nacida en San Feliz de Órbigo, quien murió joven, a los treinta y cuatro años, pero no sin antes dejar una numerosa descendencia, de cuatro hijos: Tomás, Paula, Santiago *Marino* y Antonia. Esta última, religiosa contemplativa de la orden cisterciense, que murió en el convento de Carrizo de la Ribera, muy joven, a los veintisiete años.

Al bisabuelo Joaquín le molestaban mucho las frivolidades y los chascarrillos. Le incomodaban los corros de mujeres que a menudo se formaban a la puerta de una casa, a la vuelta de la esquina de una calle o junto a la fuente. Aquellas reuniones femeninas le molestaban, tal vez empujado por el prejuicio machista y un tanto misógino, concebido más en épocas anteriores, que entendía que de las reuniones de mujeres no podían salir buenos juicios. Tal vez fuera por eso, por lo que al pasar junto a un corro de mujeres reunidas, cuentan que les tiraba una piedra y decía:

— Coño, ¡qué cané!

Lo cierto es que el bisabuelo Joaquín *Cote* debió de ser el trasmisor de la ética auténtica, fuerte, heroica y austera de los Marino: la ética que tiene al campo y a la tierra como espejo y arquetipo de sabiduría, el modelo personal, inalienable, de bienvivir y de *Bienser*, como más tarde se revelaría en la Esthétique Originaria.

Del bisabuelo *Cote* ha permanecido un dicho en la familia, que su nieto Joaquín repetía con especial insistencia:

— ¡Gente de villa y *relox*, ox!

Éste era “un dicho estrictamente democrático que repetía mi bisabuelo, villano en su rincón -como nos advierte, Santiago, en las memorias de su infancia-. Es la desconfianza de la tierra donde se crían los frutos, hacia la corte donde viven los productos y las componendas”¹².

Sí, *El villano en su rincón*, obra de Lope de Vega, que, como todo el Siglo de Oro español, reivindica la fuerza cultural del campo sobre la ciudad. El retorno al campo, donde es posible encontrar la ética más profunda, la nobleza, el honor, la honra y el señorío más auténtico, y también la sabiduría:

*Llenas están las ciudades
de celos, muertes y agravios,
más dichosos y más sabios
nos hacen las soledades.*

Es éste el sentir hondo, compartido por los labradores que protagonizan otra de las obras de Lope de Vega, que se acerca a la reivindicación de Estética Originaria y de toda la ética exigente de los Marino. Sin duda, aquellos otros labradores de la Ribera leonesa del Órbigo constituyen también un arquetipo de España, un emblema universal de la sabiduría que se cultiva en el campo. Surco a surco, en contacto con la tierra, padeciendo los duros inviernos que anuncian la primavera desde la esperanza labradora. Esa esperanza telúrica que esculpe y cultiva hondas personalidades.

El bisabuelo *Cote* transmitirá a sus hijos la ética y la estética de la elegancia de los frutos de la cultura sobre los productos de la civilización. Una de sus sentencias afirmaba:

— *Quien sabe lo que diariamente gana, mucho no puede ganar.*

Pero ese “ganar” no se refiere al dinero, que es un bien productivo. Sino que hace referencia al fruto del trabajo diario,

¹² Los Marino // 295.

que no se puede cuantificar, ni medir, ni contar. Es un bien que cultiva y enriquece a la persona, desde el esfuerzo, el deber y la responsabilidad. Que la fecunda y la hace crecer, abundándola desde sus propias raíces. Es un bien para crecer y ganar en personalidad.

Por eso, el propio Santiago llegará a traducir este refrán acuñado por su bisabuelo: *Quien sabe lo que gana (“crece”) día a día es que no puede crecer mucho*¹³. Porque es un crecer como los frutos, imperceptible a la observación humana. “Es tan listo que ve crecer la hierba”, dice irónicamente el pueblo. A la hierba no se la ve crecer en un día. Crece en su proceso, madurando en su destino. De aquí, otro refrán preferido por Joaquín Cote:

— *El que siembra, planta y cría, lo mismo crece de noche que de día.*

Es el crecer incesante de los frutos de la cultura, del cultivo interior. Unos frutos que es necesario cultivarlos con paciencia, puesto que los resultados son lentos. Tienen otro ritmo, que se asemeja más a la quietud, para conseguir la madurez. Muy distinto al ritmo de los productos de la civilización, producidos bajo el concepto de la inmediatez y de las prisas. Para los frutos es necesario ser paciente y saber esperar. Ya lo sabía el bisabuelo Joaquín Cote. Lo había aprendido del campo y de sus leyes irrefutables. Y así lo transmitió a sus hijos. A su hijo Santiago Marino.

Otra reflexión del bisabuelo Cote pondrá de manifiesto una importante y lúcida observación sobre los vaivenes de la economía, capaz de establecer un contexto económico sustentado por una forma de concebir la vida y la existencia, dependiendo del valor de las cosas. Un valor que, para la especulación, la economía y la civilización, es siempre relativo, al confundir valor y precio. No ocurre lo mismo para la cultura, que sigue creyendo en el valor de las cosas, por encima de sus precios. Esta intuición,

¹³ Los Marino // 677.

que parte de las leyes de la economía, Joaquín Cote la expresaba así:

— Hay épocas en que las cosas valen más que el dinero y épocas en que el dinero vale más que las cosas.

Para el bisabuelo Joaquín eran más verdaderas las épocas en que las cosas valían más que el dinero. Pues cuando el dinero es el fundamento de la existencia, el auténtico valor de la vida se aleja del vivir de los hombres y de los pueblos. La crisis de deuda, que todo el Primer Mundo padece en la actualidad, tal vez responda a una crisis de valores que llega a confundir el valor con el precio. Con Joaquín *Cote* el valor desinteresado y elegante está en el fruto. Pero cuando la civilización le pone precio al fruto, lo convierte en producto sin cultura, destinado al mercado, al consumo y a los especuladores.

El abuelo Santiago *Marino*

El tercer hijo de Joaquín *Cote* es el abuelo paterno, Santiago Pérez Mielgo, a quien en Gavilanes de Órbigo lo conocían por *Marino*, como aún se conoce hoy allí a toda la familia por él fundada. Sin embargo el abuelo Marino nunca conoció el mar, como la mayoría de los Marino, según nos confirma su nieto:

*La mayoría de los Marino murieron sin ver el mar*¹⁴.

El abuelo Santiago, labrador de profesión, es el patriarca y fundador de la Casa de los Marino. Él es modelo y espejo de su familia: con una gran sobriedad y fuerte personalidad. Era el alcalde de Turcia, municipio al que pertenece Gavilanes de Órbigo. *Levantó solo la casa de Gavilanes. Toda la tierra la*

¹⁴ Los Marino //389.

*removió él*¹⁵. Era un hombre alto, fuerte, recio, vigoroso y bien parecido. *Tenía el 45 de botas*¹⁶, nos recuerda su nieto. Multiplicó por siete lo que le dejaron sus padres.

Era el hombre más fuerte de toda la Ribera, capaz de levantar a pulso una quilma de 100 kilos con los pies metidos en un cuartal, sin doblar las rodillas para echárselo a la espalada. Y es que, en la Ribera, en aquella época, el levantamiento de quilmas (saco de lino de unos 100 kilos) era un juego muy practicado entre los mozos desde tiempo inmemorial, que demostraría la fuerza, sinónimo de virilidad y de hombría. Se podría decir que era un rito de paso, un rito o reto de iniciación a la madurez dentro de la comunidad agrícola, donde la fuerza era una analogía de la potencia genésica, de la fecundidad masculina.

Dentro de estos ritos o juegos de paso o iniciación, en la Ribera era muy popular también “el tiro al palo”, que consistía en que dos mozos se sentaban el uno frente al otro para tirar con sus manos de uno de los extremo del palo. Y el abuelo, Santiago Marino, a los mozos los retaba al tiro al palo, pero con una sola mano; como también lo hiciera posteriormente su hijo Jesús, *Tarruco*, el tío más querido de Santiago en su infancia de Gavilanes.

El abuelo era un hombre muy creativo e ingenioso. Con una portentosa imaginación, y de una finísima, sutil y sana ironía:

*¡Con qué gracia ponía los motes, el abuelo, y el nombre a los gallos!*¹⁷

A su hijo Jesús, lo llamaría *Tarruco*, y a su nieto Santiago, le asignaría los nombres de *Chispineo*, y también el nombre *Vivillo*, que se quedaría en *Bubillo*. Era una habilidad artística y creativa, la del abuelo Marino. Incluso, literaria:

¹⁵ Los Marino // 371. También se repite en // 484, 374.

¹⁶ Los Marino// 83.

¹⁷ Los Marino//179.

No hay que olvidar que Dante en su Comedia elevó a nombre artístico muchos mote de los más conocidos de Florencia¹⁸ -apunta su nieto.

El abuelo Marino era el encargado de cerner y tamizar la harina para hacer el pan de la familia en la cocina de la casa, en la *cocinona*, donde lo amasaba y lo cocía. Es así como Santiago lo recuerda con nostalgia, en aquel ambiente hondo y sacramental:

Mi abuelo Santiago cernía en casa. Salía totalmente blanco, aquel hombrón, de la cocinona. Pero entorno al cerner, como al amasar, había en toda la casa un clima religioso y sagrado. “Está durmiendo el pan”¹⁹.

Está durmiendo el pan. Es decir, está cociendo, padeciendo para vencer y crecer. De aquí, esa otra máxima ética, valiente y heroica de la Casa de Los Marino:

Quien padece y cuece, vence.

Este refrán tan castellano y español, acuñado en la Casa de los Marino, se convertirá en un principio ético, muy presente en la vida y en la obra de Santiago Pérez Gago, en toda su Esthétique Originaria y en todos sus discípulos.

El hacer el pan en casa, tan común en aquella época, es algo que en la actualidad, hace mucho tiempo que ha desaparecido. Y con ello, ha desaparecido también aquel clima entrañable y paciente, que envolvía a la familia entorno a un mismo hogar, a un mismo aroma, a un mismo pan amasado desde la esperanza de cuajar y fermentar en un tierno sabor comulgado en una misma mesa:

¹⁸ Los Marino//559.

¹⁹ Los Marino // 423.

“Santiago, vete a por una hogaza”: Yo conocí esta ternura de ir a buscar pan y coger una hogaza debajo de la sábana²⁰.

En aquella casa de labradores, donde el patriarca era el encargado de hacer las hogazas de pan, se amasaba y fermentaba la nobleza y la honestidad. Hogaza, que viene de hogar. De hogar, de ternura y de calor. De fuerza y fermentación. Su nieto Santiago evoca al abuelo con una profunda admiración y cariño, ahora ya desde la presencia en la ausencia:

Blanca divinidad navegando por los trigales verdes de mi recuerdo²¹.

Tal vez lo recuerde así, evocando aquellos mágicos y sagrados momentos, cuando salía de la cocinona, todo blanco y enharinado, después de hacer las hogazas de pan para todo el mes. El pan, que suponía el alimento fundamental para toda la familia. Y, como en toda la España rural de aquella época, cuando un trozo de pan caía al suelo, se cogía y se besaba con respeto y devoción, como un acto sagrado; con el convencimiento de que el pan era el alimento elegido por Cristo para convertirse, a través la Eucaristía, en el propio cuerpo de Luz, de vida y de esperanza.

Para su nieto, Santiago Marino fue un monje. Y es que no son necesarios los estados de vida para que el destino o la vocación se cumplan en la persona. A pesar del anticlericalismo que pudo llegar a profesar.

La vida monástica no se agota en un género concreto de vida; se participa en todos. Mi abuelo Marino fue un monje en su pueblo. Andaba hablando a solas como Machado²².

“Quien habla solo espera hablar a Dios un día”, como decía el poeta Antonio Machado. Pero, a pesar de ser un monje en

²⁰ Los Marino // 422.

²¹ Los Marino // 363.

²² Los Marino // 364.

su vida, no creía en las instituciones eclesiásticas. En su vida padecería ciertas decepciones que le llevarían a su indisimulado escepticismo hacia todo lo clerical. Es posible que la primera de esas decepciones ocurriera cuando de joven fue con su familia al convento de Carrizo de la Ribera para ver a su hermana monja, Antonia. Sin embargo, las religiosas del convento no se la dejaron ver. Y, poco después, su hermana monja moriría en aquella clausura.

Este suceso, junto con el incidente que le ocurrió a su hijo Joaquín, padre de Santiago, el Bubillo, cuando trabajaba en la casa de los Gayoso, en Palazuelo de Órbigo, contribuyó, sin duda, a su anticlericalismo. Cuando el cura párroco, don Pedro Rodríguez se puso de parte de la versión de César Contreras, Abogado del Estado, y yerno de Gayoso, quien acusaba a Joaquín Pérez de haber robado un dinero en la casa donde trabajaba. Su padre, Santiago Marino, fue a verlo a la cárcel cargado con un saco de chorizos y una botella de coñac. Y le preguntó:

—Hijo, ¿has sido tú?

A lo que Joaquín respondió:

—No, padre, yo no he sido.

—Pues con tu palabra no necesito más testimonio. Aquí te dejo los chorizos y la botella de coñac.

Santiago Marino era un hombre con una enorme fortaleza de carácter. Tenía una voluntad de hierro que lo hacía libre. Recuerda su nieto que un día de verano, segando en la Campaza, se le apagó el cigarro, y al ir a encenderlo de nuevo, se dio cuenta de que había olvidado en casa el mechero. Era uno de aquellos antiguos mecheros con mecha larga, que se encendían, sin llama, con la palma de la mano derecha. Al darse cuenta de la dependencia que tenía hacia el tabaco, y descubrirse esclavo del

mismo, Santiago Marino decidió, radicalmente, superarlo y vencerlo en ese momento:

*Mi abuelo Santiago dejó de fumar drásticamente porque no quería ser más esclavo. ¿No es esto un gesto de personalidad, de calidad monástica de las personas*²³.

La abuela Isabel

Isabel Sánchez Delgado había nacido en el pueblo de Santa Marina del Rey, situado en la otra orilla del río Órbigo, aunque desde muy niña se mudó con su familia a Gavilanes. Fruto de su matrimonio y unión con Santiago Marino, nacieron dieciséis hijos: Rosario, Joaquín, Florentina, María, Martina, Juan, Frutos, Jesús y Concepción, tía *Conce*. Los otros ocho hijos murieron al poco tiempo de nacer.

La abuela Isabel era una mujer con un profundo sentido religioso de la vida. Más inclinada a lo esencial que a lo material, a la ascesis y sobriedad. Santiago guarda de ella un entrañable y cariñoso recuerdo, cuyas enseñanzas, tan *marinas*, han servido para cimentar y vertebrar su vida de ética y de firme sentido del deber. Aunque la abuela Isabel no sabía leer ni escribir, su profunda lección de humanidad y de sabiduría la transmitía a través de varios refranes, que ella profesaba y repetía con frecuencia para sí y para los demás:

— *Nunca dejes tu deber
por gozar de algún placer;
que el mejor de los placeres
es cumplir con el deber.*

Esta copla o refrán, recogido y asimilado por la abuela Isabel, será uno de los elementos esenciales de la ética en la que se inspira la Esthétique Originaria. En muchos lugares de la extensa

²³ Los Marino // 379.

obra de Santiago, se recoge este refrán que pronunciaba su abuela para invitar al buen obrar, desde el deber y la responsabilidad; al buen vivir o bien ser. Al *Bienser*, que diría la Esthética más adelante.

El arraigado sentido del deber era un valor esencial de la ética en la Casa de los Marino. El deber, tal vez entendido como religión, como un mandamiento o ley sagrada y divina; por encima de los placeres y frivolidades del mundo y la existencia. El deber, como el motor o el núcleo de la vida y de la persona. Y es que el cumplimiento del deber hace siempre infalible a la persona que lo cumple y lo respeta. El deber nos hace libres.

El deber *marino*, desde el sentido infatigable de la responsabilidad y de la entrega al trabajo, al buen hacer:

Mi abuela Isabel solía decir cuando alguien hacía una cosa, que la hiciese bien, que no iban a preguntar por ¿cuánto tiempo tardó en hacerlo? Sino por ¿quién lo hizo? ²⁴.

Es el respeto a uno mismo, a la propia persona, al autor. No importa de qué oficio se trate: dignifica y cultiva a la persona siempre que el empeño o la perseverancia busque lo mejor en nuestras obras y realizaciones, en nuestro trabajo diario. Sin la actitud irresponsable o superficial de escatimar el máximo esfuerzo a nuestro quehacer. Y es que, la honradez en todos sus órdenes se vivía y se transmitía en su casa:

— De lo ajeno, ni lo que cabe en un ojo -le oyó decir, Santiago, muchas veces a su abuela, en tono serio, de sentenciosa gravedad.

Y esta mujer religiosa y trabajadora, sobria y austera, que no sabía leer ni escribir, tenía una sólida inclinación a la sabiduría, sobre el tener material y las posesiones que se pueden comprar. El saber como un fruto que se cultiva con paciencia y con esfuerzo, y

²⁴ Los Marino // 338.

cuyo valor no tiene precio, como así lo expresaba ella en esta copla, en este refrán:

— *Mejor saber que tener,
dice el libro de la Ciencia;
que el tener puede comprarse,
y el saber no hay quien lo venda.*

De nuevo, encontramos el valor del fruto sobre los productos. El saber, más importante que el tener. Donde el saber se identifica con el ser, superando los deseos materiales del tener o del estar. Ya se barruntaba implícitamente en el espíritu de su abuela Isabel, la aspiración estética al Bienser. Al Bienser que es saber, y cualifica al bienestar.

Aquella sabia mujer sabía y aspiraba al auténtico valor de la vida. Pero muy a menudo suspiraba, como una plegaria, entre la pena por la fatiga de la vida, y la esperanza en el descanso y en la paz perpetua de la eternidad:

— ¡¡¡¡Mundo, mundo, ladrón de engaños!!!! ¡Cuándo se morirá uno para descansar!

En aquel suspiro anhelante de la abuela Isabel, ya estaba el convencimiento de la Esthética de que la desazón que provoca siempre la existencia supone la esperanza en lo originario. Aquella apelación de su abuela “era ya una apelación a Esthética Originaria -como confiesa años más tarde-. La sincera advocación de la edad de oro olvidada”²⁵.

La abuela Isabel fue, para su nieto Santiago, uno de los tiernos semblantes de feminidad, que, en su infancia de Gavilanes, suplió la ausencia de una madre que vivía en la Montaña. Recuerda con cariño las palabras de su abuela:

— No pases frío. No pases frío.

²⁵ Órphicos, 38 // 163.

Un consejo entrañable que, en el recuerdo, le sigue sonando a hogar cálido y a verdad. O cuando le reprendía para que al llegar a casa fuese ordenado y colocara en su lugar las madreñas:

— A ver si aprendes a dejar las madreñas curiosinas.

Su padre, Joaquín Pérez Sánchez

Su padre, Joaquín Pérez, era el mayor de los hermanos varones.

— Era un romántico, que no encontró regazo en la vida - confiesa su hijo-. La realidad se le echó encima, como una enemiga urgente. Continuamente soñó en irse a la *rialidad*. Toda su vida entera no fue más que una sola partida, una sufrida partida, una incesante partida a la *panintegridad*, con quien él soñó siempre.

Se le echó encima la dura y áspera realidad de la montaña, que jamás logró entender, ni adaptarse a ella, aunque lo intentó, colocando una noria para regar desde el pozo la extensa huerta. Soñaba en convertir la Montaña en Ribera, y, a pesar de intentarlo, nunca logró adaptarse. Sin embargo, su hija Mari Carmen lo recordaba así:

— Era un hombre de buen ánimo, que estaba siempre alegre. De buen corazón. Ayudaba a los demás en todo lo que estuviese en sus manos.

Era un gran narrador, dicharachero, divertido, que tenía infinitos recursos para distraer; no en vano era muy solicitado en el filandón de Robledo. Gran conversador y entusiasmado lector, que, cuidando las ovejas que le regaló su padre, se aprendió entera la *Canción de Carlomagno*, que decía de memoria durante más de

dos horas de duración. En su afición por la lectura coincide con su esposa, Carmen Gago.

A Joaquín le gustaba leer la vida de santos, -lector del *Año Cristiano*, que le regaló su hijo Santiago-. Y también leía con entusiasmo la biografía de los bandoleros. Tenía una especial simpatía por Diego Corrientes, un célebre bandolero sevillano del siglo XVIII, en la época de Carlos III, protagonista de numerosas gestas que lo convirtieron en un héroe popular y de leyenda. Salteador de caminos, que donaba buena parte de sus botines entre los pobres. Murió en la horca.

Muchas veces Joaquín cantaba la canción popular de otro bandolero, Diego Montes:

*Es Diego Montes
un valiente bandolero,
de roca tiene el pecho
y el aspecto fiero.
Que Diego Montes
es tan sólo un niño,
porque toda su bravura
la venció un cariño.*

Es la copla de este otro bandolero famoso, que llega a un cortijo para robar a los ricos. Pero al ver que es un niño el que está guardando la heredad, renuncia al robo, para evitar hacerle daño.

Como insistente lector, a Joaquín también le apasionaba la Biblia. Y, sobre todo, era un gran admirador del Quijote, al que consideraba uno más de los Marino. En casa de los Marino se hablaba del Quijote como si fuera un personaje real y familiar, como alguien que está ahí, como uno más de la familia.

Su afición a la lectura la ponía en práctica en cualquier lugar o situación:

— Heroica ha sido la vocación intelectual de mi padre -recuerda Santiago-. En las veladas de cháchara, él lograba aislarse

en medio de la conversación, abstrayéndose en sus lecturas sin hablar una palabra²⁶.

Su amor por la lectura, a juicio de su hijo Santiago, le viene por la insuficiencia de esta vida. Un hombre *hecho para lo grande, no encajó, por más esfuerzos que hizo, en el contorno pequeño en el que le tocó vivir. Cada uno es hijo de su tiempo. Estoy seguro que mi padre en mi tiempo hubiera sido mucho más que soy yo ahora*²⁷.

Interpretación lírica y heroica de la existencia

Joaquín Pérez era un hombre romántico, con un carácter optimizador, que aspiraba siempre a convertir *los límites en orilla*, como diría la Esthétique Originaria. Los sucesos de la vida los transformaba en música, en sueño y en poema. Sus hijos y nietos recuerdan de él con especial cariño aquella frase, con la que siempre saltaba cuando alguien hablaba de Madrid, la capital de España, tan alejada, por aquel entonces, del mundo rural, de la Ribera del Órbigo, de Gavilanes y de las montañas de Robledo. Cuando alguien hablaba de Madrid, a él le gustaba pronunciar, como un lírico clamor hacia lo alto y rimbombante, aquella frase que aún resuena en sus descendientes:

— Yo tenía un amigo en Alcorcón que tocaba el clarinete.

Y un buen día, muchos años después de su muerte, su hija Esperanza, su yerno Victorino y su nieta Mari Carmen junto con su esposo Fernando, desde el recuerdo sagrado, decidieron ir hasta Alcorcón, en un viaje de ensueño, con el mágico deseo de encontrar a aquel fantástico amigo inmortal, soñado, que tocaba el clarinete, que tocaba y componía la música de las estrellas.

²⁶ Los Marino //478.

²⁷ Los Marino//64.

Para Joaquín todo en la vida contenía una lectura positiva, siempre hacia arriba. De todo sacaba una honda lección de sabiduría. Incluso cuando fue recluido, injustamente, en la cárcel de León en la que permaneció un día. Desde su carácter optimizador fue capaz de recordar aquel dramático suceso personal:

— Me alegro, después de todo, porque es una experiencia más²⁸.

Era un hombre libre, que vivió soñando su vida y su destino, a pesar de que su existencia no llegara a colmar su sueño. Y perseveró cuanto pudo en las montañas, creyendo o soñando que un día podrían volverse Ribera amable y fecunda. Esta perseverancia, paciencia y firmeza en el ideal soñado, serán para su hijo Santiago una noble virtud aprendida del cosmos y la naturaleza:

— A mi padre lo animaba el quedarse en la montaña, el saber que los pájaros, “que tienen alas”, tampoco marchaban. Esta costumbre de mirarnos en el espejo de la naturaleza es uno de los perfiles de nosotros, Los Marino²⁹.

Su paciencia y su constancia en la montaña, donde vivió muchos años de su vida, hicieron de él un fiel y riguroso testigo de aquella climatología extraordinaria. Le contaba a su hijo que en Robledo llegó a ver nevar todos los meses del año. Y es que la nieve llega a ser presencia incesante en estas montañas leonesas.

A Joaquín Pérez le tocó muchas veces en su vida ir andando a buscar medicinas hasta Sena de Luna, desde Robledo; subiendo por la Collada, una montaña que en invierno se cubre con una espesa capa de nieve. Pero desde estas níveas travesías, muchas veces nocturnas, tuvo la ocasión de conocer las cualidades más profundas y desconocidas de la nieve. De aquí llegó a la

²⁸ Semblante Órfico, 1 //84.

²⁹ Los Marino // 98.

afirmación de que *cuando hay nieve nunca es de noche*, porque la claridad tan intensa de la nieve llega, incluso, a vencer a las sombras de la noche. Y eso sólo lo saben aquellos que están en contacto permanente con su blancura. Desde este convencimiento tan sapiencial, su hijo Santiago se ha referido frecuentemente para apoyar sus tesis esthéticas, sagradas, teológicas y escatológicas:

Si es cierto lo que me dijo mi padre: “mientras hay nieve, nunca es de noche”, el día ya está asegurado, por toda la eternidad, porque lo sacro es de nieve. De nieve incontaminable³⁰.

Lo amargo es lo sano siempre: otro de los refranes que tantas veces, Santiago, oyó repetir a su padre, en los momentos difíciles. Un refrán que ha quedado vivo para alumbrar la ética de la superación, que nos impulsa a crecernos ante las dificultades, como nos transmite desde Esthética Originaria. Porque en la vida *hay que ser valientes hasta el final*, como dijo en su lecho de muerte al marido de su sobrina, Rosa Cabezas, Pepe Villamañán. Aquellas palabras pronunciadas ante la inminencia de su muerte quedaron inscritas para siempre en el corazón de su hija Mari Carmen, que estaba presente, como una lección de valentía heroica y sincera ante la vida:

— Estas palabras han quedado en mi memoria como un eco incesante que me ayudan a afrontar los aspectos duros de la existencia, con conciencia de que la muerte será un paso más en ese destino definitivo -confesaba su hija Mari Carmen.

Y como buen Marino, Joaquín vivía desde la ética de la austeridad y la sobriedad, a pesar de sus extraordinarias dotes para la narración y para entretener en las reuniones:

³⁰ Órphicos, 14 // 253.

— Mi padre, que es fiestero del espíritu, de la exageración de la vida, como el ascua, rechaza todos los excesos de los placeres del cuerpo -como anota su hijo Santiago³¹.

Era un buen conversador, pero no le gustaba llevar la contraria a nadie, porque era siempre integrador. Y cuando alguien lo contradecía o lo censuraba, procuraba ir más que ellos, pero en la misma dirección, desde una elegante y sutil ironía:

— Joaco, estas lentejas no están buenas -le advertía un vecino del pueblo.

— Pues es verdad, y creo que otros años estaban todavía peor³² -respondía.

Quedará para siempre en la familia la entrañable y lírica pasión con que recordaba una noche de estrellas en Robledo, cuando salió con su nieto, Santiago Bango, con apenas dos años. El niño, fascinado al contemplar la maravilla del cielo, y la luz pura de los astros que parecían lumbre y fuego en la noche oscura, le dijo a su abuelo, apuntando, con su pequeño dedo índice a las estrellas:

— *Ito, lume quema a niño.*

Es decir, “abuelito, la lumbre quema al niño”. Las estrellas en la noche, como las chispas que salen de la lumbre del hogar cuando se escarban las brasas o se quema la leña, crepitando. Una frase imborrable de su nieto, que guardaría en su corazón, desde aquella noche de inocencia fascinante. Aquel niño, Santiago Bango, años después, al contraste con las calles de León -donde es policía municipal-, y con el fin de recordar aquel sueño, en contra de todos, pero a favor de su recuerdo infantil, ha construido una casa en Robledo: casa soñada, soñada palmo a palmo y detalle a

³¹ Los Marino // 195.

³² Sierra Oscura // 37.

detalle. Casa-sueño, que aún no ha tenido tiempo en la vida para disfrutarla.

Joaquín Pérez en la mili de Melilla

Los hijos de los pobres no podían pagar el dinero que costaba el eximirse del servicio militar. Uno de esos hijos era Joaquín Pérez, uno de tantos hijos de campesinos que había en la España pobre de entonces. Con el agravante de que el servicio en África era un servicio penoso, por el recuerdo que en España había de las guerras con Marruecos.

Por sorteo de apellidos, a los Pérez, como a Joaquín Pérez, les tocó hacer el Servicio en la plaza de Melilla, a cuyo frente militar estaba el capitán Miaja, quien durante la Guerra Civil llegó a ser general del Ejército Popular de la República, jefe de la Defensa de Madrid. Joaquín Pérez fue asistente de caballería del, entonces, capitán Miaja. Él estaba encargado de atender y de cuidar el caballo del capitán.

A los quintos destinados a África los reunieron en Cádiz y los embarcaron en un buque. Al llegar a Melilla los desembarcaron, y a todos ellos les hicieron formar en el patio del cuartel. Una vez allí, un general, cuyo nombre desconocemos, les obligó a quitarse toda la ropa. Cuando todos los quintos estaban desnudos, el general arengador les dirigió este discurso patriótico:

— Mozos de España: seguramente que al entrar en el cuartel os habéis fijado en un clavo grande que hay. Pues bien, si alguno de vosotros se olvidó de colgar sus cojones en el clavo, que lo haga inmediatamente, porque aquí, los únicos cojones válidos son los míos.

Con estas palabras se acabó el discurso patriótico, que tantas veces Joaquín recordaría en casa, y que, años más tarde le serviría a su hijo, Santiago, para enfrentarse a sus clases en la

Universidad Laboral de Córdoba. Cuando fray Santiago Pérez Gago, en 1960, fue destinado a la Universidad cordobesa, en el bagaje de seguridad cultural que él llevaba, estaba otra consigna que el Padre Royo, Antonio Royo Marín -gran predicador- les había dado a todos los jóvenes dominicos que habían terminado en Salamanca. Él afirmaba esta otra consigna:

— Con el rosario y *La Suma* de Santo Tomás no hay problema que se resista.

El joven religioso, fray Santiago Pérez Gago, fiándose de esta consigna, consiguió un gigantesco rosario, que colgó al cinto, y llevaba a clase *La Suma* en latín de Santo Tomás que le había regalado su compañero de oraciones, el insigne historiador, el Padre Beltrán de Heredia.

Los cursos 60-61 y 61-62, fray Santiago los profesó con este instrumental que le habían asegurado. Después de frustrantes experiencias con los más de 2500 alumnos que había entonces en la Universidad Laboral Onésimo Redondo, comprobó que para nada era cierta la consigna recibida: “Con *La Suma* y el rosario, no hay problema que se resista”.

En esta amarga comprobación de fracaso personal e institucional, el joven fray Santiago Pérez Gago se acordó del discurso patriótico que en el cuartel de Melilla habían echado a su padre en quintas. Se deshizo del gigantesco rosario, encerró *La Suma* de Santo Tomás en su habitación, y se agarró a sus raíces. Fue viendo, en los años sucesivos, que la vida era la norma. “En la vida, la única fuente de fiar es tu personalidad”, pensaba para sí.

Los tíos

Los tíos, hermanos de su padre, marcarán la infancia de Santiago, y dejarán una huella para toda su vida, cultivando su alma con las virtudes de la ética heroica y sagrada de todos los Marinos.

Tío Juan y tío Frutos: los héroes de la guerra

Santiago ha sentido desde siempre una gran admiración por su tío Juan, cofundador de la Falange en Astorga, muerto en la guerra del 36, igual que su tío Frutos, el menor de los hijos del abuelo Santiago. Juan murió como consecuencia de una pulmonía contraída en el campo de batalla de Guadarrama, en plena Guerra Civil.

Como la mayoría de los Marino, el tío Juan también era un gran aficionado a la lectura. Dejó un baúl lleno de libros de todo tipo: de política, de religión, de literatura, etc. Para Santiago es el modelo de hombre y de persona idealista, al que ha querido tener presente en su vida de un modo incesante:

— Cuando fui a Corias, llevé muchas cosas de tío Juan: una reglina amarilla numerada, que tenía un borne dorado en el medio; su pluma estilográfica; un estuche con dibujos; la maquinilla de afeitar, que todavía conservo; el cepillo de la ropa... tengo además el recuerdo de una armónica y de una pelota blanca. Yo quiero seguir teniendo a este hombre en el retablo de mis ideales.³³

Aquella armónica y la pelota blanca que le regaló su tío Juan, las tenía su abuela escondidas o guardadas en el armario, y sólo se las dejaba cuando llegaban los días de fiesta, o los días muy señalados. Era el respeto ascético, sobrio y sagrado de las cosas de los seres queridos que se fueron para siempre, que, como hondas reliquias, las debemos seguir valorando en lo más hondo del corazón.

Aún hoy conserva su maquinilla de afeitar. Y el recuerdo de su tío Juan, lo ha querido tener especialmente presente en una pelota de goma que siempre tiene rodando por el suelo de su

³³ Los Marino //273.

celda, para recordar aquella pelota blanca que le regaló tío Juan un día que llegó de permiso. Tal vez fuera la última vez que lo vio. Lo cierto es que cuando se dedicaba a la docencia, en cualquier convento en el que estuviera destinado, sobre el dintel de la puerta de su celda colgaba siempre la fotografía de sus jóvenes tíos, Juan y Frutos, vestidos de militares. El tío Frutos de cabello y ojos claros, con cara de niño y de inocencia; y el tío Juan, tan apuesto, con su traje de falangista, con un bigote fino y bien cuidado, sonriente y seguro de sí mismo.

Esa fotografía de sus jóvenes e ilusionados tíos que murieron en la guerra, luchando por un noble ideal, hasta el punto de entregar su vida, le ha dado fuerzas para enfrentarse cada día a sus clases en su ejercicio docente. Así, cuando ejercía de profesor en las Universidades de Córdoba, de Valladolid y, sobre todo, de Salamanca, antes de salir de su celda para dirigirse a sus clases, se dirigía a la fotografía de sus tíos y, mirándoles a los dos, exclamaba:

— ¡Marcho al frente!

Y luego, cuando estaba en el convento de San Esteban, al pasar por la portería, antes de salir, le decía a fray Ricardo:

— Marcho al frente, Ricardín, que mis tíos no volvieron.

Sus jóvenes tíos muertos en el campo de batalla han sido, desde el recuerdo imborrable, sus estrellas y su fuerza. Su fuerza y su coraje para la lucha y el combate de la vida docente. *¡Marcho al frente!*, como una consigna de libertad, de fortaleza y de entrega, para enfrentarse en la dura contienda del campo de batalla de las aulas:

Me sobreencanta pensar que, cuando digo a fray Ricardo: “Marcho al frente”, al ir a clase temprano, pueda secretamente añadir: “Al frente de guerra de liberación”: o los compañeros de clase me liberan de la Esthética Originaria; o la Esthética

*Originaria los libera del indebido secuestro y ocupación del pensamiento hiperbóreo, principalmente alemán*³⁴.

Sus clases, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Salamanca, han sido una heroica insistencia y perseverancia por combatir la tiranía de la razón discursiva y dialéctica: la Filosofía septentrional, del norte, fría, cuadriculada, cartesiana, que nos inunda de conceptos y nos asfixia de categorías. La Esthética Originaria no ha pretendido más que ser un instrumento de liberación, recuperando la cualificación del saber meridional e hispánico: el saber poético, místico y simbólico a través del método del sentir, de la intuición y del corazón.

Y todo esto lo ha intentado llevar a cabo, Santiago Pérez Gago, con el mismo entusiasmo y pasión que él descubrió de niño en el tío Juan: tan convencido en su ideal, con la seguridad y la convicción que regala la fe incondicional en los principios y valores más altos y egregios. El tío Juan, tan valiente y apuesto, desde su alegría desbordante.

Tía Conce

Su tía Conce también es un referente muy importante en su vida. Era la pequeña de los Marino y siete años mayor que su sobrino Santiago. Encontró en ella la delicadeza sagrada. Y es que, la sentía tan débil y tan indefensa, debido a su grave y crónica enfermedad, al vivir sin un pulmón... pero al mismo tiempo tan fuerte en el deber, en sus obligaciones, en su sentido religioso y santo de la vida. El niño Santiago ayudaba a su tía en las tareas de casa. Antes de barrer, había que regar con agua el suelo de tierra para no levantar polvo, que era muy nocivo para ella sin un pulmón:

³⁴ Órphicos 16, //254

— Nunca me barras la casa sin regar antes³⁵ -recuerda que le decía.

Cuando el pequeño Santiago acompañaba a su padre a la montaña, en el carro La Pacha³⁶, su tía Conce le pedía que de Tapia de la Ribera le llevara arena, para fregar los suelos de madera de la salona y de la salina de la casa de los Marino. Él recogía aquella arena dorada con inmenso cariño y adoración, en unos fardeles que ella le proporcionaba. En ocasiones el niño Santiago iba con ella a la Fiesta de San Blas, en Palazuelo, a comprar panales, como así se llaman una especie de obleas con piñones recubiertos de miel.

Tía Conce leía muy bien. Los domingos por la tarde, llegaban los de tía Rosa, y era cuando la tía Conce leía en alto. Ella se fatigaba mucho y por eso había que descansar de vez en cuando. Se leía a escondidas del abuelo, porque toda versión a lo intelectual lo consideraba una pérdida de tiempo. Pues él creía más en el campo y en la agricultura.

En su tía Conce encontró encarnada la santidad. Representaba el ejemplo y el arquetipo humano y femenino de la espiritualidad. Fue ella quien le enseñó a rezar, a vivir la vida desde el sentido sereno y entrañado de la oración. La vida como oración, desde su trabajo abnegado a pesar de su enfermedad. Era “aliada”: una congregación seglar que hacían sus promesas. Las “aliadas” de Benavides la amortajaron cuando ella murió en Gavilanes.

Murió muy joven, a los veinticinco años, pocos meses después de que su sobrino, Santiago, tomara los hábitos en el noviciado de Palencia, a donde ella también acudió, junto a toda la familia, el 9 de septiembre de 1951. Ella estuvo allí, aquel día en Palencia, presente en uno de los momentos más importantes de la vida de su sobrino Santiago. Pero ya no la volvió a ver, porque a los pocos meses, su tía Conce murió en Gavilanes de Órbigo.

³⁵ Los Marino // 209. También en // 78.

³⁶ Las barras del carro de La Pacha aún están en la bodega de la casa de Robledo de Caldas.

Y al recibir la noticia de su muerte, cuando aún estaba en el noviciado de Palencia, su joven sobrino Santiago, lloró profundamente. Lloró desde las entrañas y el corazón, desde el recuerdo tierno y delicado de ella. Lloró como nunca había llorado por nadie. Aquella mujer santa, encarnación de la pureza, y de lo más sagrado y maternal; de la feminidad más pura y virginal.

Aún, después de más de sesenta años que han transcurrido desde entonces, al corregir, para la publicación de la Obra Completa, el cuaderno que en aquella época estaba escribiendo, volvió a recordar aquellos momentos tan tristes de su vida, cuando recibió la aciaga noticia de la inesperada muerte de su tía Conce: aquella mujer de tanta bondad y delicadeza, cuya presencia marcará para siempre su concepción de lo virginal y lo sagrado.

Las otras tías

A parte de su tía Conce, en la casa de los abuelos vivían también sus otras tías: Rosario, Florentina, María y Martina. Estas dos últimas tomarían pronto los hábitos de religiosas de la Sagrada Familia. Gracias a la tía Martina, cuando estuvo destinada a un convento de Francia, Santiago lograría aprobar el examen de francés, una asignatura que era obligatoria, cuando cursaba sus estudios de Filología en la Universidad de Granada. En aquel convento francés, Santiago llegó a pasar dos veranos junto a su tía Martina, aprendiendo aquella lengua extranjera que tanto se le resistía.

La tía Rosario se marchó de muy joven a trabajar a Jaén, por eso no convivió con ella de niño. Pero de algún modo su tía Rosario quiso estar presente junto a él, al regalarle unos calcetines y unos zapatitos blancos. Rosario se casaría con Rafael Cabezas, y el matrimonio tuvo tres hijos: Rosa, Isabel -religiosa de la Sagrada Familia- y Rafael. Los tres primos de Santiago, que viajaron con él a Robledo cuando cantó su primera misa.

Con la tía Florentina, convivió más tiempo en la casa de los Marino, hasta que se casó con Felipe Rubio, con el que tendría

tres hijos: Juan Antonio, Frutos y Santiago. Moriría poco tiempo después de nacer su hijo menor. Fue el propio sobrino, Santiago, quien le asistió como sacerdote en los momentos de su muerte.

Pero será el tío Jesús, *Tarruco*, quien marcó, no sólo su infancia, sino su vida y su destino para siempre.

Tío Jesús, “Tarruco”: Maestro del campo y de la vida

Hemos querido tratar en último lugar el semblante de su tío Jesús, *Tarruco*, precisamente para darle más relieve, pues en la vida de Santiago será imprescindible en su cultivo personal. El pequeño Santiago irá creciendo en el campo, en la cultura agrícola, teniendo como compañero, amigo y maestro a su tío Jesús. En él descubriría un modelo heroico, un arquetipo para llegar a ser.

Al tío Jesús, desde chico, su padre, Santiago Marino, comenzaría a llamarlo *Tarruco*. Resulta que de niño era muy pequeño, como el hijo del tío Farruco, al que llamaban *Farruquín*. Y por eso en su casa le decían que se iba a quedar muy chico, como el tío *Farruquín*. Pero cuando el niño fue creciendo, se convirtió en el mozo más alto, apuesto y fuerte de la Ribera. De Farruco, por requeiebros del lenguaje, desde la fonética y la semántica, se pasaría a *Tarruco*, más contundente, más fuerte, sonoro y poderoso.

Queda aún en la memoria de los que lo conocieron de mozo sus hazañas de hombre fuerte y valiente. Como cuando saltó el río de orilla a orilla, por la altura del Río Viejo, con un salto de más de tres metros de distancia. O cuando con una mano levantaba al palo a los mozos, como también lo hiciera su padre.

El tío Jesús cantaba muy bien. Era uno de los mejores rondadores de toda la Ribera, el que mejor cantaba, el mejor *planchador*, como por allí se decía a los que tenían una buena voz. El mejor *planchador* para salir de ronda, con los demás mozos, por todas las calles de Gavilanes.

Su tío Jesús ha sido siempre su ideal de ser y de humanidad. Su arquetipo en el que mirarse, su espejo en el que encontrarse. Así lo expresaba ya en el año 1969, refiriéndose a él, con estas hondas y sentidas palabras, cargadas de emoción, propias de un verdadero poeta:

El hombre del cual tantos recuerdos guardo en la memoria. Quizá los más sagrados de mi vida. Él me enseñó a arar. A arar a tiva y a vertedera, que es diferente. Él me enseñó el nombre de las cosas: la traguadera del carro, los berviones, la trasga. Él me enseñó la manera de los nidos de los pájaros, el color de los huevos, el número de ellos; los diversos pajarines: los que se podían criar y los que no se podían criar. Él me enseñó tantas cosas... Puedo decir bien claro que ha sido, en el campo, el maestro de mi vida.

Y, entre todos los recuerdos, que van vinculados insustituiblemente a la vida de cada uno, a la vida mía, a los cuales no se puede renunciar, con los cuales no se puede jugar, sin que uno se estremezca, quizá a tío Jesús, lo que más le agradezca de todo es que, con su portentosa imaginación, con su germen de artista, el artista que en él no pudo llegar a ser, pero el artista que en él existe, me enseñó a soñar. A soñar: a ver las cosas que le faltan a este mundo para ser el mundo maravilloso. A ver el sueño de las cosas, la poesía de las cosas. A ver el resto de la gloria que no tiene este mundo. (...) A soñar: a hacer el mundo más bello que en la realidad es. Traer al mundo todo el sueño que le falta.

Tío Jesús me enseñó a soñar. No puedo renunciar – cuántas veces me he enternecido hasta el lloro-, aquel rebaño de conejos blancos en el que me hizo soñar, en la Casa el Monte, que al echarlos por la mañana, los dos tranquilos, pacíficos: pastores de mil conejos blancos en una mañana deliciosa de primavera; entonces, al pasar junto a los nidos, podríamos echar en las sopas los huevos de los pájaros de los nidos.

¡Qué hermoso era aquello! ¡Qué delicioso era aquello! Aquello era la gloria. Aquello era la delicia!

Después, he visto que aquel rebaño de conejos blancos lo ha vuelto la triste realidad rebaño de recuerdos medio escarmentados; un atajo de malas noticias, un montón de pesadumbres, un afán de luchas, un rebaño de pesares.

Sin embargo, sigo creyendo, porque así mi tío Jesús me lo enseñó, que existe aquel rebaño de conejos blancos. Aquel delicioso rebaño, imposible en esta vida, ése rebaño existe. Eso es más real que todo lo que vemos: es más real que los pesares; es más real que el sufrimiento, es más real que la muerte. Es más real que toda la realidad.

Tan profundamente influyeron en mi vida estos recuerdos de la infancia, que no parece otro mi destino, si no llegar a ser, por encima de todo: por encima de la vida, incluso a costa de la muerte, el pastor en la Campaza, de aquel rebaño de conejos blancos. De ese rebaño, imposible en este mundo, pero tan vivo, tan palpitante, tan blanco, tan delicioso, en el sueño.

Si la Esthética Originaria toma como método de ser y de saber al sentir y al corazón, es porque su autor lo ha vivido así desde su infancia, a pesar de todo lo arriesgado que esto supone: vivir desde el corazón, desde el sueño y la fascinación, como le enseñó su tío Jesús. Y es que *Tarruco* siempre está en lo más puro de su ser. Fue para él su amigo, su hermano y su maestro de la vida. Recuerda con orgullo, con amor y admiración el día en que le pegó un chaval de Gavilanes, que era mayor que él. *Tarruco* se enfrentó a toda su familia por defender a su sobrino.

De él aprendió, también, el sentido del deber o el placer y regusto de las cosas bien hechas:

Tío Jesús era un artista, le gustaba hacer las cosas bien. Recuerdo la ilusión y el esmero que ponía en acabar bien los cestos³⁷.

Unos cestos delicados, que los hacía con cariño, con ternura. La ternura, la bondad, la serenidad y la nobleza afloraban

³⁷ Los Marino // 386.

en su semblante y se advertían de inmediato en aquel apuesto labrador, el mozo más fuerte de toda la Ribera. Su sobrino se admira de lo ingenioso que era, como en aquella ocasión que consiguió hacer una máquina para confeccionar cuerdas. Se la vio una vez a unos afiladores que pasaron por Gavilanes.

Toda la formación de Santiago, desde que entra en el noviciado, estará centrada en consagrar en las letras y en los libros a su primer maestro, a *Tarruco*; desde la sabiduría telúrica, de “agricultura viva”, que le había transmitido en aquellos primeros años de infancia: años de sueño y de esperanza, de trillos, de arados, de nidos, de jatos blancos y sementeras.

Toda la vida de Santiago Pérez Gago, plasmada en su obra, ha consistido en la fidelidad perseverante a sus raíces y a su origen. Vivir desde la filosofía Marina, desde la ética y la estética que aprendió de niño al contacto con lo telúrico, desde la cultura de la tierra que su gente le transmitió.

El nacimiento en Robledo

Santiago Pérez Gago nace el 7 de septiembre de 1933, en Robledo de Caldas, en la casa de los abuelos José y Esperanza. Una casa de dos alturas, en piedra y teja, que había sido construida por el propio bisabuelo Manuel Fernández, “Manín”, el asturiano, allá por el año 1833. Era la primera casa del pueblo que fue cubierta con teja, cuando las demás eran de palloza. En una de esas tejas centenarias aparece inscrito el nombre, Manuel Fernández.

El año en que nació Santiago nevó copiosamente en Robledo. Las altas cumbres del Negrón habían permanecido cubiertas de nieve hasta principios del verano. Y aquel año de nieves traía consigo una abundante cosecha. Tanto nevó que, entre los vecinos del pueblo, durante mucho tiempo después, fue conocido, aquel año, como “el año de la nevaona”.

Carmen Gago se puso de parto, una mañana de septiembre. El cielo había amanecido tranquilo en Robledo, con una pequeña nube blanca que llegaba desde lo alto del Negrón para quedarse